

## ***Décimo cuarto Domingo. Tiempo Ordinario. Año B***

### ***Lectio divina sobre Mc 6,1-6***

---

En la presentación del evangelista la visita de Jesús a Nazaret termina una primera etapa de su ministerio público: el asombro cosechado entre las masas por su enseñanza y autoridad da paso a la incredulidad de sus convecinos. Se entrevé aquí un hecho histórico que Marcos eleva a ley universal: el conocimiento de Jesús no conduce necesariamente a su reconocimiento como Cristo e Hijo de Dios; la familiaridad con su persona no siempre llega a la fe; los que más saben sobre Jesús no serán testigos de sus portentos; conocerle demasiado les ha imposibilitado esperar de él maravillas. Lo peor sería que cuanto ocurrió a sus vecinos esté ocurriendo a sus creyentes. Imaginarse un Jesús demasiado normal, lo mismo que concebir un Dios demasiado divino, puede hacernos perder al único Dios verdadero, el que viene a través de Jesús de Nazaret. Hacerse una idea de lo que se puede esperar de Dios es negarse a vivir sorprendidos, admirados, maravillados. Y es, realmente, una pena.

---

En aquel tiempo, <sup>1</sup>fue Jesús a su pueblo en compañía de sus discípulos. <sup>2</sup>Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada:

*«¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es ésa que le han enseñado? ¿Y esos milagros de sus manos? <sup>3</sup>¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? Y sus hermanas, ¿no viven con nosotros aquí?»*

Y esto les resultaba escandaloso.

<sup>6</sup>Jesús les decía:

*«No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa.»*

<sup>5</sup>No pudo hacer allí ningún milagro, sólo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. <sup>6</sup>Y se extrañó de su falta de fe. Y recorría los pueblos de alrededor enseñando

---

#### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

Tras predicar en parábolas y sanar sin fronteras, Jesús retorna a su tierra, siempre acompañado de sus discípulos. Sus conciudadanos se asombran no lo que han oído de él, sino de lo que le están escuchando durante el servicio en la sinagoga. Resulta más que lógica su incompreensión; precisamente porque saben de dónde viene – en donde ellos viven – y quién es su familia – con quien conviven a diario -, no pueden más que, pasmados, preguntarse por el origen de tanta sabiduría. El narrador insiste en que la enseñanza de Jesús cuestiona – y repetidas veces – a sus paisanos.

Si, escandalizados, se cuestionan es porque no pueden negar la evidencia: ¡su paisano sabe mucho!. Sólo Jesús acierta a explicar cuanto sucede; su afirmación rebosa sentido común, pero la consecuencia es deletérea. La excesiva familiaridad impide la fe; un conocido, por muy profeta que sea, no es un profeta bien aceptado. Y donde no hay fe, no pueden darse milagros.

Y si Jesús se permitirá alguna sanación, prueba será de su misericordia con algunos y no de la fe de todos. Cura no por haber encontrado fe entre sus paisanos sino por ser bondadoso el sanador. Curiosamente, Jesús se extraña por esta falta de fe en sus convecinos; esperaba, sin duda, otra acogida. Y los deja, porque si no creen en él no lo se lo merecen, por más familiarizados que estén con él. No siempre conocer más lleva a creer mejor.

#### **II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida**

El evangelio hoy nos ha recordado un hecho de la vida de Jesús en el que no solemos reparar mucho: Jesús, que había abandonado su casa y su familia, su pueblo y sus ocupaciones, para predicar el reino de Dios, vuelve un día a los suyos. No regresa solo, va rodeado de hombres que comparten con él vida y predicación. Retorna a su pueblo, eso sí, como un hombre famoso; cuanto hacía y decía había causado sensación en Galilea y seguro que hasta sus vecinos había llegado el rumor de los prodigios que realizaba.

Es más que natural que sus paisanos, que creían conocerlo bien porque lo conocían desde su infancia, quedaran sorprendidos por la sabiduría que Jesús les mostraba cuando, en la celebración del sábado, se puso a explicarles la Escritura; maravillados, no podían explicarse cómo uno de los ellos supiera tanto de Dios ni lograban creerse que hubiera realizado prodigios: creer en él les resultaba difícil, porque creían saberlo todo sobre él; desconfiaron, pues, porque lo conocían bien: entre ellos había trabajado, con ellos aún vivía su familia. Y no pudieron creer en cuanto veían sus ojos: unas manos que hacían milagros y un boca que enseñaba con sabiduría. Y porque no podían creérselo, Jesús no pudo hacer ningún milagro ante ellos.

Tanta incredulidad causó extrañeza al mismo Jesús y se consoló pensando que 'sólo entre los suyos es menospreciado el profeta'. A nosotros, sin embargo, puede que ello no llegue ni a sorprendernos siquiera. Nos parece lógico que quienes mejor nos conocen menos nos crean; la convivencia y la cercanía dejan al descubierto con mayor facilidad las faltas y los excesos de cualquier persona. Incluido Jesús. Por eso nos sentimos inclinados a comprender y a disculpar a sus conciudadanos. No así Jesús, quien se extrañó de su falta de fe. Lo malo no es que comprendamos bien a quienes no

supieron valorar a Jesús, por lo bien que lo conocían. Lo peor del caso es que a nosotros nos pasa con Jesús algo parecido a lo que sucedió a sus paisanos.

También nosotros creemos saber todo sobre Jesús y también nosotros no nos dejamos ya sorprender por nada que nos cuenten de él. Y aunque su enseñanza nos siga llamando la atención alguna vez por su radicalismo, seguiremos contestándonos que nada nuevo nos puede decir alguien a quien conocemos de memoria. Es verdad que nos sorprenden esos milagros que otros cuentan han hecho sus manos; pero el hecho que no los repita con nosotros, le quita credibilidad; no podemos creer que unas manos de trabajador, de hombre normal, manos como las nuestras, hagan lo que nosotros no podemos. Sólo porque creemos conocerle muy bien, no logramos creer en él. A nosotros, cristianos viejos, nos pasa, pues, lo que a los vecinos de Jesús: nuestra familiaridad con Jesús, nuestro saber tanto sobre él, nos está quitando las razones para fiarnos de él. Y como ellos un día, pagamos nuestra incredulidad con la ausencia de portentos en nuestra existencia cristiana.

Por eso, precisamente, vivimos nuestra vida cristiana sin emoción, con rutina, sin sorpresas, porque creemos que Dios ya nos ha dicho todo lo que tenía que decirnos y ha hecho por nosotros todo lo que nos había prometido; Dios no nos sorprende ya, porque creemos saber todo sobre Él. Y si algo nos dicen de Él que todavía no conocíamos, respondemos, como los paisanos de Jesús, con aprensión y desconfianza; lo que no podemos entender, no nos lo podemos tampoco creer; cuanto no nos podemos dar nosotros, tampoco lo esperamos de Él. Y aunque oigamos lo que para otros significa, lo que Dios les dice todavía, cuánto ha hecho por ellos, volvemos a refugiarnos en lo poco que para nosotros aún significa, en lo mucho que sobre Él sabemos, lo que no ha hecho todavía por nosotros, para no tener que cambiar nuestra idea sobre Dios.

Por darlo por conocido, no logramos conocerle mejor. Por habernos acostumbrado a Él, no conseguimos tener una mejor experiencia. Por creerle ya familiar, nunca lo buscamos. Y por no buscarle, no nos encontramos de nuevo con Él. Nos estamos privando de lo mejor de Dios, como los paisanos de Jesús, sólo por creernos que Dios no puede ser ya mejor con nosotros, ni distinto de como ya lo sabemos. Tan familiarizados nos creemos estar con Él, que no nos dejamos sorprender por Él, que nada nuevo ni mejor esperamos de Dios. Un Dios al que damos por conocido no logra sorprendernos; un Dios del que todo sabemos no nos encanta..., ni merece nuestra fe.

Y nuestra vida cristiana se llena de desconfianza: Dios nos defrauda, sólo porque nos empeñamos en hacerle a la medida de nuestro saber. Sus manos no hacen milagros para nosotros, sólo porque no le permitimos que toquen nuestro corazón: porque no logramos imaginárnoslo más grande de lo que nos cabe en la cabeza, más bueno de lo que es nuestro corazón, no le damos cabida ni en nuestra cabeza ni en nuestro corazón. Empequeñecemos a Dios, porque no nos atrevemos a aprender algo nuevo sobre Él todos los días; y un Dios pequeño no puede entusiasmar. Un Dios conocido puede ser manejable, pero resulta poco encantador; no da fastidio, pero tampoco sorpresas. En el fondo, como nuevos paisanos de Jesús, no le tenemos suficiente confianza, porque nos sobra autosuficiencia; ni nos merece mucha fe, porque nos resulta demasiado familiar.

Lo peor del caso es que, también como aquellos paisanos de Jesús, nos estamos quedando sin ver sus prodigios. Imposibilitamos a Jesús que obre maravillas ante nosotros, - y en nuestro interior, que ésa es la mejor maravilla que podría hacernos -, porque oyéndole hablar nos sorprende más por su sabiduría que por nuestra necesidad. Si acaso, nos preguntamos cómo es posible que diga tales cosas y no tanto por qué nos las está diciendo a nosotros; a base de interrogarnos de dónde le viene tanto saber, no nos percatamos que sabe todo sobre nosotros, que conoce todos nuestros males. Y porque no le concedemos fe, tampoco él nos hace ver su poder de curación: un Dios potente es un Dios de fiar.

Es una lástima que Jesús siga hoy, como en aquellos días, haciendo más milagros entre extraños que entre conocidos, convirtiendo más fácilmente a quien lo ignoraba que a los amigos. Los 'cristianos viejos', los creyentes de siempre, están tan acostumbrados a su Dios que le han perdido respeto y veneración; tan habituados estamos a cuanto sobre Cristo se ha dicho que no nos esforzamos por experimentarlo personalmente. Tomemos como sería advertencia cuanto ocurrió con sus paisanos: creer saber mucho sobre Jesús puede ser un obstáculo para creer en su persona y para aceptar sus enseñanzas; darle por conocido puede privarnos de conocer sus milagros y experimentar su poder. No por el hecho de ser cristianos de siempre estamos mejor preparados para ser creyentes hoy. Sería una pena que, como los más allegados a Jesús un día, perdiéramos la fe solo por no apreciarla suficientemente. Sería una lástima que nos deje solos solo por lo conocemos ya bien.